

¿Murió reconciliado con la Iglesia, Ortega y Gasset?

Cuando los periódicos dieron la noticia del fallecimiento de Ortega y Gasset, comunicaron también el informe de que había muerto reconciliado con Jesucristo y con su Iglesia. Pero algunos elementos que habrían preferido ver un entierro civil (por razones que desgraciadamente se pueden suponer) proclamaron la noticia de que sólo cuando estaba «inconsciente» se le dió la absolución «sub conditione», es decir, sin que manifestara nunca un acto de profesión de Fe católica en su última enfermedad.

Si así fuera, reconoceríamos con dolor la verdad; porque la verdad ante todo. Pero el hecho es que no fué así, a pesar de los que querrían hacer de Ortega un mito y un héroe de la falsedad.

Como interesa a una revista filosófica todo lo que se refiere a los datos personales de los filósofos (por ejemplo recuérdense los copiosos artículos que se publicaron en las revistas filosóficas francesas sobre si Bergson murió o no católico hace algunos decenios) decidí enterarme acudiendo directamente a las fuentes, es decir, a las personas que fueron *testigos presenciales* de su enfermedad y muerte; también recibí otros datos igualmente inmediatos, que sin yo pedirlos me llegaron.

Me permitirán los lectores que no cite los nombres propios de las personas cuyo testimonio escrito voy a aducir; pero puedo testificarles que es enteramente exacto lo que referiré, y si alguien deseara ver por sí mismo la fuente de información, se la daría en particular con mucho gusto.

Según estos documentos Ortega fué llevado a la Clínica para que le operaran; pero los médicos declararon después, que no había ninguna esperanza humana de curación. Pasados algunos días, cuando ya le quitaron los puntos de la herida, lo llevaron de nuevo a su domicilio particular. Pero al llegar el enfermo a su casa pidió que la religiosa que le había atendido en la Clínica fuera también a su domicilio, y aunque no suele concederse, sin embargo por tratarse de quien se trataba se hizo una excepción y la Hermana fué a su lado.

Fué entonces cuando claramente le insinuaron el tema de la salvación de su alma; «aprovechó la Hermana para hablarle sobre el estado de debilidad en que se encontraba, y la necesidad de acercarse a Dios y reconciliarse con él; que pues al llegar la hora de la verdad las cosas se ven de otra manera, y que la ciencia no encontraba medios para curar su enfermedad, había que

procurar la [salvación] de su alma; y esto sólo se encontraba en Dios; en fin, muchas cosas que le inspiró Dios le fué diciendo. Y él le contestó que él siempre había contado con Dios; pero en aquel momento no estaba su espíritu para esos jaleos. Y al decirle que si tenía algún reparo por la gente y demás, que no se enteraría más que Dios y los de casa, contestó: *¡Cómo! ¡nada de tapujos! Pues para hacer las cosas, a las claras y bien hechas.* Después, como se encontraba tan angustiado y fatigado, acercándole el crucifijo (la primera vez) le dijo: *Vamos a pedir al Señor le tranquilice y le ayude a descansar.* Y cogió el crucifijo y besó cuatro veces. Más tarde volvió a darsele, diciendo: *Dios le anime y le espere como Padre cariñoso. Sea usted generoso y entréguese en sus brazos.* Y él le contesta: *Yo también le amo.* Y volvió a besar varias veces. Y volvió a repetir estas demostraciones varias veces durante la noche. Después, al despedirse la Hermana, se queda con mucha pena.» Las demás noches y parte del día le asistió otra Hermana. «Al despedirse de la religiosa en la Clínica, él espontáneamente le tomó el crucifijo de su Rosario y lo besó con lágrimas».

A la segunda noche fué el sacerdote que se acercó «diciéndole él, delante de la familia, *que pasara* y que estuvo conversando con él largo rato». Este es naturalmente el punto más interesante; y por este lado me han venido también las noticias más halagüeñas, de las que entresaco las frases más expresivas: «Puedo asegurarle que Ortega murió reconciliado por la Iglesia, y con pleno conocimiento». Recibió la Extrema Unción en la agonía, en presencia de la familia.

Por desgracia había quienes en el momento decisivo sólo pensaban en crear el mito, sin atreverse a decirle una palabra que le ayudase caritativamente en este trance: «Sólo la monjita del Sanatorio y una nuera le hablaron de su salvación; y él dialogaba y besó varias veces el crucifijo con lágrimas». También otra persona intervino después. Llamaron al sacerdote una madrugada; *el enfermo le mandó entrar*: «con pleno conocimiento recibió la absolución y la bendición papal, besando el Crucifijo. Esa es la realidad pura».

«Se ha dicho que no levantó la Parroquia el cadáver (lo dice la insidiosa *La Croix*) y no es verdad. Asistió un delegado del Párroco y el P. Félix García, que leyeron las preces de costumbre. No hubo duelo, ni cortejo fúnebre, como sucede en otros casos, porque así lo dispuso la familia. En el cementerio se le hicieron las preces y rezos como a todos los que mueren en cristiano». Todo lo que después se comenta y se dice tiene más de política mala que de piedad y de respeto.

Ya no es preciso añadir que nos alegramos inmensamente de que Ortega haya muerto en el abrazo y amistad con Jesucristo.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.